

Naturalezas negras

Nature in Black



Cualquier descripción del trabajo luminoso y oscuro de RCR debe recurrir al oxímoron. Da igual que se mencionen paisajes aristados, gravedad liviana o —como se presentó aquí su obra hace un lustro— romanticismo riguroso: los términos antitéticos expresan la tensión entre una materialidad de dureza violenta y un lirismo de emoción palpitante; entre una radicalidad formal sin concesiones y una sensibilidad que se abre a la naturaleza sin reticencias; entre una solidez pesada de hormigón o acero y una levedad frágil de vidrio o sombra que disuelve el edificio en atmósferas y reflejos. Táctiles e inmatrimales, sus obras pertenecen a la tierra y la trascienden, son a la vez telúricas y translúcidas, severas y amables, hogueras heladas que calientan y calcinan, dejando un residuo de gema en su tiniebla resplandeciente, exquisitamente tallada y cubierta por una pátina de herrumbre que amalgama manufactura y meteoro.

La resonancia de la luz negra de su materia monocroma con el *outrénoir* de Pierre Soulages en el museo de Rodez anima a establecer filiaciones artísticas que vinculan su obra con el informalismo, la abstracción lírica o el expresionismo abstracto. Sin embargo, estos vínculos formales o cromáticos resultan al cabo superficiales, porque muchos de estos movimientos obtenían su impulso de un pesimismo lúcido y existencial, mientras la obra de RCR se alimenta del placer alegre y sosegado que se fermenta en el refugio plácido de su estudio en Olot, un paraíso exacto de *gravitas* poética y empatía con el entorno. Los muros tatuados de Tàpies, las arpilleras desgarradas de Millares o las tablas quemadas de Lucio Muñoz expresan con texturas pardas de tierra y brochazos negros de noche la desesperación de un tiempo de plomo, pero las oscuridades de los arquitectos catalanes son siempre luminosas.

Si existe una conexión fértil entre aquellas pinturas y estas arquitecturas, probablemente haya que buscarla en la dimensión expresiva del gesto, que desde luego hermana las acuarelas taquigráficas de RCR con las caligrafías orientales, pero también establece nexos con la materia espacial y corporal del *action painting*, de manera que no sería totalmente disparatado calificar éstas como *action architectures*, movimientos quietos que detienen el tiempo con la mano inmóvil, dejando que el agua y el color se deslicen del pincel al papel poroso como el óxido o el musgo colonizan las superficies con rigor azaroso. Y de ese gesto caligráfico y pictórico surgen unos volúmenes escultóricos que inevitablemente evocan la solidez sombría de Richard Serra y la ligereza desocupada de Jorge Oteiza, figuras tutelares de una arquitectura oximorónica, a la vez naturaleza y artificio, resplandor y tiniebla.

Luis Fernández-Galiano

Any description of the bright and dark work of RCR must resort to oxymoron. One may use geometric landscapes, weightless gravity or – as their projects were presented here in 2010 – rigorous romanticism: these antithetic terms express the tension between a materiality of stark harshness and a lyricism of throbbing emotion; between a formal extremism that takes no prisoners and a sensibility that opens up to nature without reticence; between the heavy solidity of concrete or steel and the fragile lightness of glass or shadows, which blurs the building in atmospheres and reflections. Tactile and immaterial, their works belong to the earth and transcend it, are at once telluric and translucent, severe and gentle, frozen bonfires that warm up and char, leaving a gem residue in their resplendent darkness, exquisitely carved and covered by a patina of rust that mixes manufacture and meteor.

The resonance of the black light of their almost monochrome matter with the outrénoir of Pierre Soulages in the museum of Rodez encourages to establish artistic filiations that link the work of the architects with informalism, lyrical abstraction or abstract expressionism. However, these formal or chromatic connections are in the end superficial, because many of these movements found their impulse in a lucid and existential pessimism, while the oeuvre of RCR feeds on the peaceful pleasure that brews in the placid shelter of the Olot office, an exact paradise of poetic gravitas and environmental empathy. The tattooed walls of Tàpies, the torn burlaps of Millares or the burnt timbers of Lucio Muñoz express with brown textures of earth and black brushstrokes of night the desperation of a leaden time, but the deliberate darkness of the Catalan trio is always luminous.

If there is a fertile connection between those paintings and these architectures, it must probably be found in the expressive dimension of the gesture, which matches up the stenographic watercolors of RCR with oriental calligraphy, but also establishes ties with the spatial and bodily matter of action painting, so that it would not be completely absurd to qualify these as action architectures, still movements that halt time with the motionless hand, letting water and color glide from the brush to the porous paper like rust or moss colonize the surfaces with haphazard rigor. And from this calligraphic and pictorial gesture emerge sculptural volumes that unavoidably evoke the somber solidity of Richard Serra and the disoccupied lightness of Jorge Oteiza, father figures of a certain oxymoronic architecture, at once nature and artifice, radiance and darkness.